

GRAN PARTE DE LA COSECHA DE CAFE SIN VENDER

No es agradable ser agorero y andar profetizando tragedias. Sin embargo, no hace falta ser adivino ni profeta para afirmar que una crisis grave —todavía más grave— se cierne sobre nuestro país. Los hechos son bien sencillos: gran parte de la pasada cosecha de café, un millón doscientos mil quintales, no se ha vendido todavía. Este hecho puede representar una catástrofe económica para El Salvador, que ve afectada con ello la fuente principal de sus divisas y, por tanto, de su capacidad económica. Algo así como afirmar que el manantial principal del que bebe El Salvador se ha visto, al menos parcialmente, anegado. Si esto se une a la progresiva inflación que azota al mundo entero, y a la ya desesperada situación de la mayoría de salvadoreños, podrá entreverse las dimensiones críticas de la situación que se precipita sobre nuestro pueblo.

No someter este hecho a una seria reflexión sería una grave muestra de irresponsabilidad. Convendría, en este sentido, que los organismos adecuados hicieran un análisis objetivo para determinar, no sólo los responsables principales de este deplorable suceso, sino ahondar un poco más en las raíces del mal endémico que se manifiesta en las sucesivas crisis que azota al pueblo salvadoreño. Por ello, solicitamos respetuosamente del Gobierno central que analice científicamente las causas mediatas e inmediatas de esta catástrofe en nuestro comercio exterior, y que tome las medidas oportunas para que sucesos como el que estamos comentando no vuelvan a tener lugar.

Por nuestra parte, queremos aportar nuestro grano de reflexión sobre este problema. Y lo primero que se nos ocurre cuestionarnos es el hecho de la dependencia tan estrecha de nuestro país respecto al café. Se ha dicho tantas veces que el café constituye la riqueza fundamental de nuestro pueblo, que esto se ha llegado a convertir en un dogma incuestionable. Sin embargo, es posible que el café constituya algunas veces también la miseria de nuestro pueblo. A cualquier analista económico desapasionado se le muestra la inconveniencia de que todo un país dependa tan esencialmente de un producto como depende El Salvador del café. Y mucho más si los precios de este producto dependen a su vez de intereses ajenos y son determinados por la voluntad de otros países. Que nuestro pueblo tenga que padecer en carne propia, año tras año, los cambios y vaivenes en el mercado internacional del café es algo así como si el oxígeno que necesita un enfermo grave dependiera del humor de la esposa del médico. Todavía no hace mucho, y en uno de los períodos de euforia cafetera, vimos cómo se aumentaban los terrenos dedicados al cultivo del café en nuestro país. En estos momentos, no se ve claro ni siquiera la posibilidad de recoger adecuadamente la próxima cosecha. ¿Hasta cuándo el pueblo salvadoreño va a tener que depender de un producto tan sometido a variaciones y alternativas?

Sabemos que esta situación es heredada y que no depende de la voluntad de un gobierno cambiarla de la noche a la mañana. Pero creemos que una de las estructuras más injustas de nuestro país es la que hace colgar su vida casi de un solo hilo.

Habría que replantearse desde las raíces esta dependencia de El Salvador respecto al café. La única respuesta adecuada parece ser una diversificación agrícola en el contexto de una seria Reforma Agraria. El actual Gobierno prometió repetidas veces realizar esta reforma. ¿Por qué no aprovechar la actual crisis para ponerla en marcha de una vez por todas?

En segundo lugar, hoy aparece con toda claridad el fracaso de una política, manejada por la empresa privada, en la cual el interés por el lucro particular parece haber pesado más que los intereses de la nación. Es inadmisibles que se pueda jugar a las apuestas con las necesidades esenciales de un pueblo. Por lo que se ha sabido, ha sido el deseo de conseguir todavía un lucro mayor lo que llevó a no vender nuestra cosecha de café cuando había en el mercado internacional unos precios buenos para nuestra economía nacional. Es decir, que alguien pensó que valía la pena apostar una parte de la vida económica salvadoreña a la lotería de esperar mejores precios todavía y aumentar la ganancia particular. Es deplorable que no se haya pensado en la injusticia que supone manejar así la vida y destino del pueblo salvadoreño. Hoy de nada sirve lamentarse: pero es un hecho que el ansia de lucro privado ha llevado a la presente crisis de nuestra economía. Y ya sabemos que serán primordialmente las clases más desfavorecidas las que tendrán que cargar sobre sus espaldas el peso de esta crisis.

Esto es tan grave, que no basta con pedir y exigir responsabilidades. Ciertamente, hay que exigir las. Pero conviene ir más a la raíz. Y la raíz está en preguntarse con sinceridad si es adecuado que la vida del pueblo salvadoreño siga en las manos de quienes sólo piensan en su lucro e intereses, es decir, la empresa privada. ¿Es justo que aspectos tan vitales para el pueblo salvadoreño como son la comercialización de nuestros productos básicos dependan de quienes anteponen sus intereses privados a los intereses de toda la población? ¿No habría que someter esos procesos a organismos más inmediatamente dirigidos y controlados por los intereses comunes? Dejamos la pregunta abierta aunque la respuesta parece caer por su propio peso.

Sería deplorable no sacar las lecciones de la crisis que hoy se cierne sobre El Salvador. No es hora de lamentaciones ni llantos. Pero sí es hora de un examen crítico y de una revisión radical de una política que afecta de manera tan esencial al pueblo salvadoreño.